

miento o acción. Pero bien entendido que Böll concibe sus obras apartándose de las categorías funcionales del realismo, que tienden a convertir lo literario en anécdota de lo cotidiano, en esa tentativa imposible de que la novela sea una copia política de lo que ocurre en el mundo. Tampoco Böll se impone la misión heroica de plantear una solución a la humanidad o de rellenar con palabras las complejas lagunas que entrelazan lo individual y lo colectivo. En último término, tampoco le corresponde al escritor una labor en la que el respeto por la verdad se traduzca en un rechazo práctico de la libertad personal. Y Böll se da cuenta de ello cuando afirma: «el progreso no marcha al compás del progreso», analizando el valor de la subjetividad respecto a una actividad en la que destaca su esencia como un rasgo más de los muchos que la caracterizan: el misterio. Una obra de arte es un misterio en su génesis como en su culminación. Y ya aquí surge el dato religioso que impregna las páginas de escritores como Faulkner, Kafka, Joyce o Proust. Misterio e irrealidad configuran en una prosa muy expresiva, a pesar de que en algunos casos posea un acento sombrío, el mayor de los estímulos para Böll cuando se propone que sus personajes salgan a la luz, venzan el peligro de la abstracción y se expresen con libertad a otros hombres.

Quizá en esta concepción repose la justificación de un escritor que se aferra a lo concreto y elude las llamadas de lo imaginario en sus obras. Böll se opone a informar sobre sus personajes fuera de lo que ellos mismos digan con sus actos, sentimientos o reflexiones, resultando excepcional que tengamos acceso a su personalidad inconsciente. Si volvemos al tema de la mujer, comprobaremos que en las novelas de Böll se produce un fenómeno semejante al que tiene lugar en la literatura realista: la fidelidad que emplea el autor como una exigencia metodológica para la plasmación correcta de una situación, parece ocultar al tiempo una fascinación disimulada por los personajes, en beneficio de un cierto equilibrio narrativo entre la esfera de acción del escritor y los campos en que ha de representar su papel cada uno de los protagonistas. La mujer, por tanto, no es una diosa, y en modo alguno se ve divinizada por su condición de víctima.

De otra parte, numerosas circunstancias ilustran esta precaución por lo fantástico, innata en Böll. Los personajes de sus obras no se limitan a evidenciar con sus reacciones el ilustre y controvertido choque entre el materialismo y la espiritualidad. Quieren alimentar por sí mismos su identidad, y su entorno les induce a creer —se trata de una probabilidad entre mil— que este objetivo se halla a su alcance merced a la libertad. En su contra, conceptos que han recibido una estimación moral o social desmesurada, el pasado, el honor, la muerte, la reputación, la religión, la virilidad, el belicismo..., conceptos que difícilmente habrían podido recibir una contestación adecuada de no ser encauzados por el entendimiento humano a un ámbito de diálogo o incluso de enfrentamiento radical. Böll aparece implicado con los personajes de sus novelas, más allá de lo que podría entenderse como autobiográfico.

La alternativa más asequible, la sociedad, deviene en la crítica de Böll una auténtica empresa fantástica, tras el fracaso del Estado. Pero por otro lado, encontramos en la novelística de este autor un dato revelador y constante: la fantasía es posible allí donde cesa el combate de la libertad. Sus personajes reproducen de manera tácita con su represión vital una de las impresiones más hondas de su artífice, y que éste reitera como un privilegio que ha de ser conquistado. El ser humano lucha en las obras de Böll con-

tra las presiones del exterior, que le niegan su identidad y se introducen en los más insignificantes acontecimientos de lo cotidiano. ¿Puede pensar el hombre acorralado en otro motivo de mayor relevancia que su libertad? En torno a esta cuestión giran los planteamientos de Böll, que abandona la univocidad expresiva del documentalismo para dotar a su literatura de la tensión del ser escindido por su necesidad de libertad y la pesadilla del terror.

En realidad, tal como enseñara André Malraux en sus novelas y ensayos sobre el futuro de la civilización de Occidente, toda discusión sobre la condición humana pasa con anterioridad por una época en la que se debate sobre la acción. No hablamos de la aventura, aunque aún así el término «acción» pueda parecer demasiado abstracto. Böll, con razones semejantes a las expuestas por Sábato cuando éste plantea la importancia de reflejar los avatares de la conciencia del ser humano en relación a los actos y los hechos concretos de su existencia, reitera esa dimensión donde una escena no se agota en su propia fuerza expresiva y la enriquece provocando la incorporación de cada individuo a esa discusión de la sensibilidad agredida por los conflictos.

También por estas razones se aprecia una variación sustancial en la actitud de los autores germanos que comienzan a escribir en la segunda posguerra mundial, respecto a la herencia que han recibido de autores de la talla de Hermann Hesse, Alfred Döblin, Joseph Roth, o Thomas Mann, que imprimen en la narrativa europea una vocación ética inquebrantable que, si bien discurre por caminos literarios distintos, se complementa en el tiempo. En la amplia producción de Böll sobresale el acercamiento al sujeto, que invita a una participación activa con los personajes, y la devolución al lenguaje de un valor expresivo que el propio escritor enfatiza dando a cada una de sus obras una personalidad que la distingue entre las demás, a pesar del carácter unitario del conjunto de sus textos. Böll no ha pretendido crear una estética al vaciar en la sociedad la interioridad autónoma de sus personajes o de sí mismo, sino recogerla de lo cotidiano. ¿Es un accidente que este proceso de transformación de lo corriente haya alcanzado un significado universal? Por Tolstoi sabemos que no se trata de un accidente. Y teniendo en cuenta algunos títulos de Heinrich Böll, tampoco podemos interpretar en puridad que se trate de una casualidad.

La aparición de la novela *Asedio preventivo* corrobora que se ha operado un cambio profundo en las estructuras sociales y de poder de la República Federal de Alemania. Cada personaje es un mundo que se vuelca, impulsado por sentimientos personales encadenados en sucesivos soliloquios, hacia las circunstancias que someten a los integrantes de la familia Tolm, a una situación que ellos mismos han creado al objeto de preservarse de las acciones de grupos terroristas. La discutible *indiferencia* del narrador en otras novelas —en las que acaso se disimulara el dolor de la impotencia ante tragedias próximas, ha pasado a ser un foco que absorbe la interioridad de los implicados en hechos trascendentales. La familia Tolm sufre los efectos de la política represiva que auspiciara a partir de la segunda mitad de los años sesenta, pero con la diferencia de que tampoco los miembros de este clan de la alta burguesía germana pueden escapar al rigor del Estado policial, ni cerrar los ojos ante las injusticias en las que han participado y participan todavía con resignación. Es la resignación de quienes han agotado todas las posibilidades de defenderse: la trampa de la violencia indiscriminada se cierra sobre

quienes la utilizaron a fin de eliminar obstáculos a un ideal de poder ilimitado. El pasado regresa en el presente como una acusación a la que no es sencillo sustraerse. Mediante la revisión interior de la cadena de hechos que emergen en el asedio domiciliario de las fuerzas policiales ante el anuncio de un atentado por parte del terrorismo, Böll encabalgua unas posiciones con otras: tanto los ancianos patriarcas de grandes empresas como los alevines de la burguesía industrial sienten en su carne las dudas. En el otro bando militan también otros familiares, pero Böll no les da voz ni situación. Böll analiza la sociedad por medio de los personajes que la han utilizado para su lucro particular y en un período comprometido la añoran como una auténtica utopía. La sociedad continúa en la reflexión de los valores y los seres humanos que apasionan a Böll, cual una tentativa de dignidad y de perdón... en la que todas las partes afectadas han de participar.

A principios de 1983, cuando hace más de veinte años que Böll analizara en una serie de artículos el punto muerto a que estaba abocada la izquierda política alemana, la sociedad otorga su voto a veintisiete candidatos del Partido Verde, rompiendo la preponderancia clásica del bipartidismo que beneficia a socialdemócratas y conservadores. Esta reacción colectiva es susceptible de variadas interpretaciones y sin embargo, exterioriza la necesidad de una nueva base de convivencia y de proyectos contestatarios que posibiliten el futuro. La política adopta con retraso en este ámbito aquellos horizontes que a escritores como Böll entregaron una tarea constante de cruzar fronteras sin descanso, con la opinión como único bagaje de una conciencia que vacila acerca de la complejidad de ser honrado en nuestro tiempo.

Es el momento en que el escritor pregunta a los demás, interrogándose a sí mismo, *si le comprendemos verdaderamente.*

Francisco J. Satué